

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 10 de febrero de 1897.

Núm. 4.º

NUESTRO GRABADO

GUILLERMO LIEBKNECHT

Guillermo Liebknecht, el veterano socialista alemán, nació el 29 de marzo de 1826. Posee una vasta instrucción universitaria, y vive como publicista, escribiendo en alemán, francés é inglés.

Oriundo de una familia de empleados, fué destinado por sus parientes más próximos — el padre de Liebknecht murió cuando éste era niño — á la carrera de funcionario público. Pero, una vez en el colegio, estudió las obras de Saint-Simon, que le revelaron un mundo nuevo. Por otra parte, él no tenía ninguna propensión á considerar el estudio como un oficio, como un medio de vivir; quería estudiar para instruirse, y aspiraba á instruirse para cumplir mejor con sus deberes de ciudadano en el Estado y en la sociedad. A la edad de diez y seis años ingresó en la Universidad, después de haber pasado por el grado de bachiller con el primer premio. Se dedicó á diferentes estudios, investigando y probando en varias direcciones, como todos los estudiantes que se proponen efectivamente *aprender* y no estudiar tan sólo para crearse una posición social. Naturalmente, tuvo que abandonar pronto la idea de entrar al servicio del

Estado, en vista de que sus ideas políticas y sociales no se conformaban con las del Gobierno. Abrió por espacio de cierto tiempo la esperanza de ser admitido como agregado en una de las Universidades independientes y de segundo ó tercer orden; pero no tardó en desechar esta idea, persuadiéndose de que jamás ocuparía dicho puesto sin sacrificar sus principios.

Decidióse en 1847 á emigrar á América, y ya estaba en camino, con dirección á un puerto de mar, cuando, por casualidad, trabó conocimiento

con un profesor suizo que desaprobó su proyecto, aconsejándole que fuese á Suiza, lo que se resolvió á hacer; en la estación más próxima cambió de itinerario, y en lugar de ir á Hamburgo se trasladó á Zurich, donde tuvo ocasión, por primera vez, de observar de cerca los círculos obreros alemanes, y acudió á ellos para instruirse y para ver cómo se ocupaban los obreros en sus reivindicaciones.

En 1849 se trasladó á Alemania, donde tomó las armas para sostener el movimiento revolucionario; pero, habiendo fracasado este movimiento, tuvo que refugiarse en Suiza después de haber sufrido nueve meses de prisión.

Establecido en Ginebra, trabajó sin descanso en el desarrollo de los círculos obreros alemanes, á los cuales trató de dar una organización central, con un programa puramente socialista. Llegóse á convocar un Congreso en Murten para tratar de los asuntos relativos á los círculos, y el Consejo federal suizo, bajo la presión de los Gobiernos monárquicos, mandó prender á Liebknecht y á varios de sus compañeros, aparentando creer que el objeto del Congreso era organizar una expedición contra Baden. Ocurrió esto en febrero de 1850. Pasaron dos meses en la cárcel, y el Gobierno suizo, no hallando ningún delito contra ellos, los puso en libertad. Liebknecht



GUILLERMO LIEBKNECHT

fué expulsado de Suiza. Le transportaron á la frontera de Francia, donde fué entregado á las autoridades francesas, las cuales le obligaron á embarcarse para Londres. Allí entró á formar parte de la Unión Comunista.

Vivió en Londres trece años, ocupado en los estudios político-sociales, y más que nada en la lucha por la existencia. En 1862 recibió proposiciones de Brass, republicano rojo de 1848, para formar parte de la Redacción del periódico *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*. (Gaceta de la Alemania del Nor-

te), que acababa de fundar en Berlín. A la sazón la amnistía promulgada por el Gobierno le permitía entrar en Alemania. Aceptó un puesto en la Redacción de aquel periódico con la condición de que podría combatir libremente el bonapartismo en el exterior y la burguesía y su falso liberalismo en el interior. Al principio todo marchaba á pedir de boca; pero en el mes de septiembre Bismarck entró en el Ministerio, y en seguida notó Liebknecht un cambio en la línea de conducta del periódico. Le asaltaron ciertas sospechas, que comunicó á Brass, el cual lo negó todo, asegurándole que no había oído ningún compromiso con el nuevo Ministerio; antes al contrario, le dió carta blanca en la sección que desempeñaba en el periódico, es decir, en la de política exterior. Esto no obstante, sus sospechas iban en aumento, y tuvo que romper toda clase de relaciones con el periódico, aun cuando éste constituía su único recurso para vivir. Por aquella época y posteriormente se hicieron varias tentativas para comprarle en nombre de Bismarck. Los agentes de éste le hicieron proposiciones muy ventajosas, algunas de ellas hasta para su dignidad.

El Gobierno de Prusia trataba por aquella época de asustar á la burguesía. Bismarck, que no fué nunca original, ni mucho menos, quería sencillamente imitar al jefe de los *torys* ingleses, á Disraeli, quien muchos años antes propuso la unión de la nobleza y del proletariado. La burguesía, cogida de este modo entre dos fuegos, se vería obligada á someterse ó á desaparecer.

A este fin, los agentes de Bismarck propusieron á Liebknecht que escribiese artículos con tendencia comunista. A Carlos Marx se le hicieron iguales proposiciones y se le ofreció un sueldo crecidísimo. Naturalmente, Liebknecht rechazó con energía las proposiciones de Bismarck, y Marx creyó que se rebajaría contestando al ministro prusiano. La negativa valió á Liebknecht nuevas persecuciones; fué expulsado de Berlín y de toda Prusia, y este rigoroso destierro costó la vida á su esposa.

En 1863, Fernando Lassalle inauguró su agitación iniciadora. Liebknecht se abstuvo al principio; pero cuando vió que toda la Prensa burguesa se lanzó como una jauría sobre el movimiento socialista que acababa de inaugurarse, se puso de parte de aquel movimiento, alistándose como individuo de la Sociedad fundada por Fernando Lassalle con el título de *Unión general de los obreros alemanes* (*Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*). El partido feudal ó partido de la nobleza, dominante á la sazón, trataba de apoderarse del movimiento obrero. Después de la muerte trágica de Lassalle, la *Unión* cayó en manos de hombres incapaces unos y venales otros.

Entonces fué cuando Liebknecht salió de su reserva para combatir el socialismo de Bismarck á la vez que el liberalismo de la burguesía, declarando que el sufragio universal que Bismarck prometía era un instrumento de reacción si al mismo tiempo que el sufragio universal no se obtenía la libertad de reunión y de coalición y la libertad de imprenta. Añadió que «las subvenciones de Estado», concedidas por un Gobierno feudal á los obreros, iban encaminadas á corromper la clase trabajadora y ponerla al servicio de la burguesía.

Después de estos ataques á la política bismarckiana, la policía redobló sus vejaciones contra Liebknecht, y en 1865 fué expulsado de Berlín y de todo el territorio prusiano. La orden de expulsión decía que la presencia de Liebknecht en Prusia era peligrosa para el Gobierno de Bismarck.

Trasladóse nuestro biografiado á Leipzig, donde se puso al frente de un periódico, después de la guerra fratricida de Prusia contra Sajonia. Pero el periódico fué suprimido, después de un mes de existencia por la Administración militar prusiana. Por aquella época tuvo Liebknecht que ir á Berlín para asuntos de familia; pero fué preso y puesto en libertad al cabo de cuatro meses de cárcel.

Es orador de talento extraordinario, y ha pertenecido diferentes veces al Parlamento alemán. Actualmente es director del *Worwarts*.

El 29 de marzo del año que acaba de transcurrir se celebró en Alemania el septuagésimo aniversario de su nacimiento.

CRÓNICA

Ese Repáraz es atroz; no pasan años ni cárceles por él. Acaba de recibir un puntapié del militarismo, y ahí le tienen ustedes pidiendo... más puntapiés, más ejército, más marina.

Yo voy creyendo que la prisión de D. Gonzalo fué merecida, siquiera para que purgase un poco las latas que nos hace soportar en el *Heraldo*, porque ¡cuidado que es abundoso D. Gonzalo!

Mas Texifonte le excede, y ése no va á la cárcel porque es *immune*. No nos queda esa esperanza. Los que tenemos la debilidad de leer el *Heraldo* porque amamos á Urrecha como si le hubiéramos parido y no podemos vivir sin él, hagamos acopio de abnegación para soportar á los dos *Tostados* que el despiadado D. Augusto suelta en libertad por aquellas columnas para tormento del espíritu liberal y de la cultura española, que no merecen ciertamente que á estas alturas (las del siglo) mangleen en la Prensa de gran circulación un fósil, un eco del pasado, un misoneísta á todo trapo y un latoso cuya prosa gárrula é insípida no hay paciencia que la resista.

Pues salgamos del *Heraldo* y entremos en *El Liberal*, y veremos cómo también allí tienen vara alta las más ilustres nulidades. ¿Qué se hizo aquel *Liberal* de nuestras mocedades? ¿Qué se hizo aquel animoso paladín de la democracia? Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?

No curemos de saber lo de aquel siglo pasado qué fué de ello.

Vengamos á lo de ayer, que también es olvidado como aquello.

¿Qué se hicieron las sofamas de los antes encendidos redactores?

¿Dó vemos hoy sus proclamas? ¿dó del pueblo no mentidos defensores?

Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
llenos de oro,
las vajillas tan febridadas,
y ahogando los ideales
el tesoro.

¡Oh implacable Moya! ¡Imponernos á Arimón!
¡Darnos congrio á todo pasto!

Y por añadidura á Blasco, la comadre errante, el
de la *Rosa Amarilla*, el chismoso que en París se
entretenía en hablar mal de España, y ahora, que
ha *posado* aquí, nos cuenta horrores de los fran-
ceses.

¡Chicanenol!

Es un gran desconsuelo, para los que «en nuestra
más tierna infancia» aprendimos con *El Liberal* á
ser demócratas y á amar al pueblo, encontrarnos
ahora con que ese periódico se malea como los
otros, se aburguesa, se torna ramplón, arimonado,
y nos jeringa.

Exclamemos con el poeta: *Humanum panis vi-
vit genus*.

A propósito de latinajos.

La Congregación del Índice se ocupa en estos
momentos en hacer un expurgo, ó una selección
— por si el expurgo es vocablo torpe —, ó un es-
crutinio — que es más clásico y no huele á darwi-
nismo como la selección —, y, según parece, se va
á incluir todo lo impreso, inclusa la Biblia en pas-
ta y la Biblia en verso de Carulla. Habrá excomu-
nión mayor para Gutenberg, y otra más barata
para todos los cajistas del orbe.

Lo de la Biblia no sería extraño, porque sabido
es que la Iglesia católica mira con prevención ese
libro tal vez nada más que... por ser libro.

Y dijo Jesús: «Yo os digo que de ningún modo
juréis, ni por el cielo, que es el trono de Dios, ni
por la tierra, porque es la peana de sus pies, ni por
Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey; ni ju-
res por tu cabeza, porque no puedes hacer un ca-
bello blanco ó negro; mas vuestro hablar sea: sí,
sí; no, no; porque lo que excede de esto, de mal
procede.» (San Mateo, cap. v.)

A cualquiera se le ocurre que esto no tiene vuel-
ta de hoja, que es más clara que el agua la volun-
tad de Jesús, contraria á todo juramento: *sí, sí, ó
no, no; porque lo que excede de esto, de mal procede;
de ningún modo juréis*.

Pues viene el comentarista católico, el P. Scio, y,
sin andarse en rodeos, al *de ningún modo juréis*, re-
plica:

«No es prohibido jurar...» (Véase la nota al ver-
sículo 34 del Evangelio según San Mateo.)

Lo cual es sencillamente enmendar la plana á
Dios, hacer mangas y capirotos del Evangelio de
Jesús.

Eso no es comentar el Evangelio, es negarle.

La verdadera Biblia *protestante* es ésa, en la que
á cada paso hállanse protestas contra el espíritu y
la letra del Evangelio como en el caso citado del
juramento.

Por eso valiera más que la Congregación del Ín-
dice se decidiera de una vez á declarar heréticas
las Sagradas Escrituras.

De todos modos, ¡para el caso que los católicos
hacen de ellas!

La juventud italiana se agita, porque lleva den-
tro el vigor del ideal socialista. La nueva genera-
ción da fe de vida allí. Tiene un ideal y cumple su
hermosa misión de empujar al mundo hacia ade-
lante. Otro tanto ocurre con la juventud francesa,
belga, alemana, inglesa, etc.

Aquí no tenemos juventud; el espíritu senil
mora en los más de nuestros imberbes; el moho
nacional los ha invadido. Sienten con Repáraz. Si
eso es sentir más que un eco débil de la vida mori-
bunda, el olor seco de la flor guardada largos años
entre las hojas del viejo libro arrinconado, olor de
cosa muerta. Son los más un compuesto de momia
y memo. Si se agitan, es para no estudiar ó para
dar una becerrada. Los hay que son ya conserva-
dores. ¡Cosa perdida! ¡Son jóvenes de cien años!

LUIS AGUIRRE.

LA TEORÍA MARXISTA DEL VALOR

La teoría del valor, precisada por Marx, había
sido ya formulada por Adam Smith, y sólidamen-
te fundamentada por Ricardo, creadores uno y
otro de la Economía política.

El objeto producido para la venta es mercancía;
el objeto creado para el consumo personal no es
mercancía.

El análisis de la mercancía es la condición pre-
liminar de todo estudio serio de la producción ca-
pitalista y mercantil.

Dos elementos constituyen el valor de la mer-
cancía:

1.º El valor de uso, que varía en cada mercan-
cía, y que es el conjunto de las propiedades mate-
riales que le son inherentes.

2.º El valor de cambio ó relación de cambio de
una mercancía con otra.

El valor de cambio se manifiesta en el momento
de la venta.

Toda mercancía, en efecto, puede ser declarada
equivalente á una cantidad determinada de otra
mercancía: 100 kilogramos de trigo pueden ser
cambiados por una proporción convenida de mero,
de vino, de aceite, de tela, etc.

Hay, pues, entre todos estos objetos una cuali-
dad común á todos, puesto que cada uno puede ser

cambiado por todos los otros en cierta proporción.

Este carácter, común á todas las mercancías, que se revela en el momento del cambio, forma su valor.

Todas las mercancías tienen valor.

¿De qué proviene este valor?

No de las propiedades físicas, químicas, naturales de cada producto, puesto que estas propiedades son *diferentes* para cada objeto. Pero aquí estamos buscando un carácter *común* á todas las mercancías, y capaz, por consiguiente, de explicar la cualidad, común á todas, de poseer un valor de cambio.

Si eliminamos las cualidades físicas, notaremos que no queda más que un carácter común á estas diversas mercancías: el ser todas producto del trabajo humano.

He aquí la substancia del valor.

¿Cómo se puede medir el valor de una mercancía?

Naturalmente, según la cantidad de trabajo contenido en la mercancía. Cuanto más trabajo hay incorporado en un objeto, tanto mayor es el valor de este objeto.

Es difícil apreciar, *dosificar* esta cantidad.

Un solo medio es racional. Se aprecia el valor según el tiempo necesario para producir una mercancía.

El valor depende, pues, del *quantum* de trabajo, y el *quantum* de trabajo se mide por su duración.

Pero el tiempo de trabajo necesario para producir un objeto varía según la habilidad del obrero, según el útil que maneje y según otra porción de circunstancias.

Pero ¿es que, por acaso, la mesa fabricada por un obrero negligente en cuatro días, cuando bastan dos para la construcción de este objeto, valdrá dos veces más porque haya necesitado una duración de trabajo doble de la media? No.

El valor es determinado según la duración *media* del trabajo *socialmente* necesario (en una época dada) para la fabricación de una mercancía.

Luego en el ejemplo citado más arriba las dos mesas tienen el mismo valor.

El perfeccionamiento de los útiles modifica incesantemente el valor de las mercancías, porque los útiles perfeccionados permiten mucho trabajo en poco tiempo. Cada unidad de mercancía, cualquiera que se adopte — metro, kilogramo —, lleva incorporado menos trabajo que anteriormente, ó, de otro modo, menos tiempo de trabajo.

Notemos también que no todos los productos del trabajo son mercancía. Tal es el caso del producto no destinado á la venta, sino al consumo personal ó familiar. Antes de la actual sociedad mercantil, en la que todo se produce para la venta, el hombre producía valores de uso: producía para su consumo en especie, no para la venta. El siervo de la Edad Media producía para consumir directamente, y pagaba en especie la renta á su señor.

Mas la producción de un objeto cualquiera fué muy abundante en una parte é insuficiente en otra: de aquí el cambio, el comercio. Cada productor producía para consumir; pero vendía á otros, en cambio de otros objetos, el excedente de su producción.

Éste fué el comienzo de la producción capitalista y mercantil; y así fué como se principió á producir, no valores de uso exclusivamente, sino valores de cambio.

Hoy se produce casi exclusivamente para la venta, para obtener provechos ó beneficios.

Esta faz del beneficio ha excitado la producción.

Se produce para vender; se vende para ganar; se trata de producir mucho para ganar mucho, lo cual engendra la sobreproducción y la competencia universal y encarnizada entre los productores que van á caza de ganancias.

Esta persecución del provecho, esta competencia general, engendra á su vez variaciones, á veces considerables y rápidas, del precio de las mercancías.

Los economistas han tratado de sacar de este fenómeno accidental, particular á las sociedades de producción capitalista, una explicación general del valor.

Dicen estos señores: «El valor es fijado por la relación entre la oferta y el pedido. Si una mercancía es más ofrecida que pedida, baja; si una mercancía es más pedida que ofrecida, sube. La cantidad de trabajo incorporada en la mercancía considerada, no ejerce una influencia preponderante en la determinación del valor.»

Notemos, desde luego, que la pretendida ley de la oferta y el pedido no tiene razón de ser en una sociedad en la cual la competencia no existe. En las antiguas comunidades familiares, en la época de la *gens*, no existía nada que se pareciera á competencia. Otro tanto ocurrirá en la sociedad comunista futura, que abolirá la competencia socializando la producción, y, al equilibrar la producción con el consumo, abolirá también la ley de la oferta y el pedido. En efecto, en las condiciones normales, salvo accidente ó cataclismo, los productos no serán más ofrecidos que pedidos, ni más pedidos que ofrecidos, puesto que habrá equilibrio socialmente establecido entre el pedido y la oferta, y porque no se producirá ni para vender ni para ganar, es decir, para explotar vendiendo.

La pretendida ley de la oferta y el pedido no determina, pues, el valor, sino las variaciones de precio. En ciertas crisis, ventas forzadas, quiebras, se compra á menudo mercancías por menos de su valor real y habitual.

La competencia, la especulación, la sobreproducción, hacen subir ó bajar el precio de una mercancía por encima ó por debajo de su valor nominal.

La ley de la oferta y el pedido, fenómeno pasajero, peculiar al modo de producción capitalista,

no explica el valor; no explica tampoco la formación de los precios de las mercancías (puesto que por término medio los precios concuerdan con el valor), sino solamente las variaciones morbosas y artificiales de los precios, cuando los precios, alterados por las maniobras abusivas que son de orden natural en la sociedad burguesa, se separan del valor. Prueba: el industrial obligado a vender a la baja (por debajo del valor social medio), se arruina; el que vende al alza (por encima del valor social medio), gana dinero.

La ley de la oferta y el pedido, globo deshinchado, no explica, pues, más que las variaciones accidentales de los precios debidos a la especulación y a la competencia, fenómenos ambos especiales del capitalismo.

La ley marxista del valor queda, pues, en pie: el valor de una mercancía es determinado por el *quantum* (es decir, la duración) del trabajo humano medio que exige su producción.

DR. A. DELON.

UN SANTO VARÓN

Aunque es en el vestir un caballero
y ostenta un marquesado relumbrante,
mirado por detrás y por delante
tiene todas las trazas de un tendero.

Se precia de católico sincero;
pero al judío, igual que al protestante,
se une en cualquier negocio el muy bergante,
pues antes que cristiano es usurero.

Es el mimo de curas y beatas,
que con arte le sacan á montones
el oro que consigne en sus contratas;

y son tales con Dios sus relaciones,
que ha de entrar en el cielo á cuatro patas
llevado por la fe... de sus millones.

ANTONIO ATIENZA.

EL INCORREGIBLE

El Sr. Ortega, conocido comerciante de la población de ***, era un hombre que había dedicado la mayor parte de su vida á los negocios mercantiles, sin que jamás otros asuntos hubiesen ocupado su atención. Para él las ciencias, las letras, las artes, todo lo que es signo de la cultura de los pueblos, eran objetos que no se vendían en su tienda. No era extraño, pues, que el Sr. Ortega no hubiese saludado jamás libros científicos ó literarios, ni llegara á extasiarse ante un buen cuadro ó una figura escultórica. En lo que á política se refiere, el Sr. Ortega no entendía ni quería entender nada de esas *trapisondas* — según él decía —, porque la

política no se había hecho para los comerciantes. — Éstos — replicaba con tono sentencioso cuando le hablaban de tal materia — no deben tener más política que la necesaria para hacer que los consumidores queden satisfechos de la calidad y baratura de los artículos que se les expende, y, cuando más — agregaba en voz baja —, para que no observen que se les da «gato por liebre». ¡Nada, nada! ¡En ese punto soy incorregible!

Pensando así, sin mezclarse para nada en lo que fuera de su establecimiento vivía y se agitaba, á no ser para realizar sus contratos comerciales, el señor Ortega vivía casi tranquilo rodeado de su mujer, que en punto á instrucción se hallaba á la misma altura que su marido, y de su hija Clara, preciosa niña de diez y ocho años, la que, merced á la instrucción modernísima que había recibido en algunos centros de enseñanza — instrucción muy distinta á la que sus padres hubieran deseado que recibiera —, y á la influencia que sobre ella ejercían los ideales socialistas que públicamente sustentaba su novio, mantenía frecuentes polémicas con los autores de sus días, por no ser de su agrado la manera de pensar de la joven y por no parecerle á ésta apropiada á los tiempos que corrían la conducta de aquéllos.

— No tienes tú la culpa de ser así, no — le decían á Clara con frecuencia —; quien la tiene es ese farfante, ese mercachifle, ese vividor que te ha sorbido el seso y que será la causa de tu perdición. Lo que quiere es atraparte de cualquier modo para vivir entonces á costa de nosotros, para hacerse dueño de nuestro comercio. Ya verías tú cómo entonces no se acordaría de esas ideas que á tí te parecen tan bonitas; ya verías tú cómo entonces no dedicaría su actividad y sus esfuerzos á combatir este régimen social «bárbaro» — ¡él sí que es bárbaro! —, ni se acordaría de la buena ó mala situación de los obreros, á quienes va logrando embaucar con sus falsas predicaciones. Pero no; ¡yo te aseguro que no lo conseguirá! Un hombre así no logrará pertenecer á mi familia. ¡Jamás daré mi consentimiento para que te cases con ese hombre!

La bella hija del Sr. Ortega había procurado por mil medios convencer á sus padres del craso error en que vivían, y apartarlos de las rancias ideas que profesaban. Les demostró que en esta sociedad, basada en la lucha de intereses encontrados, el bienestar, la tranquilidad, las afecciones, los goces de la familia, todo, en fin, lo que anima y da vida á los pueblos, es una ficción, es puro engaño, y que, enfrente de tal desorden, se alza con voz imperiosa la necesidad de conquistar un estado social en que la igualdad económica sea un hecho positivo, con lo que las luchas que engendra el refinado egoísmo de los intereses privados habrán desaparecido, el bienestar será permanente, la satisfacción se reflejará en todos los semblantes, las

afecciones serán puras y los goces de la familia un placer jamás sentido.

Todo esto, dicho con filial ternura y con elocuencia admirable por Clarita, sólo sirvió para que el Sr. Ortega, ya que no era capaz de sentir ni comprender ideales tan hermosos, vomitase unos cuantos improperios contra su hija y, sobre todo, contra el amante de ésta.

La conducta incorregible del Sr. Ortega dió lugar á un hecho que el pobre hombre, en su desviamiento de la realidad, nunca creyó que pudiera ocurrir. Su hija, siguiendo los nobles impulsos de su corazón — aunque con el dolor consiguiente, por tener que dejar á sus padres de un modo tan brusco —, separóse de éstos, marchándose á vivir con su amante, el joven socialista, á la población de N***, donde, lejos de ciertas críticas ridículas, emanadas de gentes en quienes existía una falsa creencia de lo que debe ser la unión de los que se aman, vivían completamente felices, disfrutando tranquilos de la dicha tanto tiempo esperada.

Pasaron tres años, durante los cuales la hija del comerciante incorregible no había vuelto á saber nada de sus padres.

Un día, repasando un periódico, el joven socialista se encontró con la siguiente noticia y la leyó en voz alta para que Clara se enterase:

«Esta noche se reúnen los socialistas en el teatro de Lope de Vega, donde expondrá las doctrinas de su partido un propagandista que con tal objeto ha llegado á esta capital.»

— Debemos asistir á esa reunión — dijo á Clara —, ya que desde que hemos llegado á esta capital estamos completamente alejados de la lucha política.

Y, en efecto, llegada la noche, fueron al teatro donde se verificaba el *meeting*, y cuyo amplio local se hallaba completamente lleno de trabajadores.

Desde el sitio que ocuparon Clara y su marido pudieron éstos observar, aunque no de una manera precisa por efecto de la distancia, que el orador, hombre de unos cuarenta y dos años, denotaba haber sufrido grandes padecimientos físicos y morales, pues su cabello y barba grises y su rostro pálido y surcado ya por nacientes arrugas, eran reveladores de una vejez anticipada.

Un movimiento de expectación se produjo en la concurrencia cuando el orador ocupó la tribuna.

Con voz trémula al principio, pero firme después, expuso las teorías socialistas. Su argumentación era tan sólida, los razonamientos que aducía tan convincentes, que la concurrencia aplaudía entusiasmada cada uno de los períodos del discurso.

Clara, en medio de la satisfacción que sentía al escuchar tan elocuente y razonadamente expuestos los ideales que ella misma sustentaba, tenía un sentimiento. Se acordaba de sus padres, y hubiera

querido verlos allí, sentados á su lado, para que hubiesen aplaudido con ella las hermosas aspiraciones socialistas.

— Es seguro — pensaba — que ahora comprenderían lo que de una manera más torpe les he expuesto yo tantas veces, y verían cómo lo que ellos consideraban falso, erróneo y aun criminal, es el más bello de los ideales humanos.

En aquel momento el orador terminaba su discurso del siguiente modo:

«En mí no podréis ver solamente al individuo que ha estudiado con verdadero afán los redentores principios del socialismo científico, y que, convencido de la bondad de ellos, viene á propagarlos, sino también una víctima del régimen capitalista. Yo poseía un establecimiento comercial que me proporcionaba lo suficiente para vivir; pero la evolución capitalista — que, al pasar por su última fase, lo mismo absorbe la pequeña propiedad territorial, que la pequeña industria, que el pequeño comercio — hizo que en la capital de mi residencia fuesen instalados grandiosos bazares, los cuales produjeron, al destruir la posibilidad de la competencia, la ruina de muchos dueños de establecimientos humildes, siendo yo también una de las víctimas. Os aseguro que, si antes no conocí ni hice nada por conocer las causas que producen tales efectos, hoy que poseo ese conocimiento no cesaré de difundir los principios que os he expuesto, los cuales, al triunfar, acabarán con la iniquidad de que unos se eleven sobre las ruinas de otros, y trabajaré sin descanso por conseguir el derrumbamiento de un régimen tan irritante por lo injusto.»

El público acogió con una atronadora salva de aplausos las últimas frases del orador, quien recibió después muchas felicitaciones.

Clara y su marido, escarabajados por el deseo de ver de cerca al propagandista, se acercaron á éste para felicitarle también. Entonces Clara, al distinguir perfectamente las facciones del orador, se arrojó en brazos de él gritando:

— ¡Ah!... Por fin te encuentro como te quería.

— ¡Hija mía!... Mis antiguas ideas te arrojaron de mi lado. El socialismo nos une en una común aspiración. ¡Benditos los ideales que á tanto alcanzan!

PASCUAL SIMAL.

CUESTIÓN DE NOMBRES

Es un error garrafal,
por el uso consagrado,
que al trabajo no pagado
se le llame *capital*.

En tan patente simpleza
ninguna lógica cabe,

pues hasta el más bolo sabe
que *capital* es *cabeza*.

Y con mucho desparpajo
manifiesta esa expresión
que rige en la producción
el *capital* al *trabajo*.

Con la estupidez confronta
tal modo de discurrir,
y es preciso destruir
un error de tanta monta.

Si en el trabajo fecundo
tiene el capital venero,
el *trabajo* es lo primero
y el *capital* lo segundo.

Conviene que el capital
un nombre apropiado encuentre.
Bueno que se llame *vientre*;
pero *cabeza*... ¡no tal!

ALVARO ORTIZ.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ⁽¹⁾

Vientre y cerebro, por Julio Lermína. — Versión castellana. — Un folleto de 38 páginas en 4.º. — Precio, 50 céntimos.

La Biblioteca de *El Motín* ha publicado una versión castellana de la obrita *Vientre y cerebro*, original de Julio Lermína.

No ha de faltar quien suponga, en el curso de la lectura de la obrita citada, que el autor, muy acertado en poner el dedo sobre la llaga social, ha de exponer al fin alguna teoría de eficaz remedio; pero Lermína no llega á tanto, y concluye por incurrir en la inocencia de creer que con la República y la federación de repúblicas todo marcharía como una seda y quedaría resuelto el problema del hambre. Cree el infeliz Lermína que, dejando en pie la causa ocasional de casi todas las desventuras sociales — el capitalismo —, puede haber salvación posible. ¡Ya hacen falta tragaderas!

Aparte de esto, el librito es merecedor de ser leído.

X.

EFEMÉRIDES SOCIALISTAS

MES DE FEBRERO

1.º de 1891. — Tomó parte por primera vez en las elecciones legislativas el Partido Obrero español, obteniendo 5.000 votos.

3 de 1887. — Celebróse en Bruselas un *meeting* de reclutas socialistas contra la institución militar.

(1) Se dará cuenta en esta sección de toda obra cuyo autor ó editor nos envíe un ejemplar.

6 de 1887. — Salió de la cárcel, después de seis meses de prisión, el socialista belga Anseele.

12 de 1893. — Se celebró en Roubaix un Congreso regional socialista, en el que se constituyó la Federación socialista del Norte de Francia.

14 de 1766. — Nació en Rookoy (Inglaterra) Tomás Roberto Malthus, célebre economista á quien debe no poco la causa de los desheredados, y cuyo *Ensayo sobre el principio de población* sugirió á Darwin la idea de la selección natural por la lucha de la existencia.

19 de 1887. — Verificóse en París una importante fiesta fraternal, organizada por socialistas alemanes, rusos, polacos y de otras naciones, para protestar contra la guerra y estrechar los lazos de unión y solidaridad entre los trabajadores de todos los países.

21 de 1887. — En las elecciones legislativas celebradas en Alemania obtuvo el Partido Socialista 1.100.000 votos.

23 de 1896. — Muerte de Abel Hovelacque, antiguo diputado socialista francés.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

Primera-segunda
es hembra en unión;
la *tercera* sola
nombre de una flor;
cuarta repetida
se le llama á un dios,
y es *todo* esperanza
de un tiempo mejor.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN

A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

Charada.



Los burgueses ante el desarrollo del socialismo: — ¡Ya escampa!

CORRESPONDENCIA

F. G. — Barcelona. — Se sirven los 12 ejemplares y se remitieron los dos atrasados. Queda suscrita la S. de L.

J. R. — Mataró. — Servida la nueva suscripción y abonado importe. Se le envió el ejemplar pedido.

J. F. — Vilasar. — Servidas y cobradas las tres suscripciones.

L. M. — Gijón. — Rectificado el error. Se sirven las tres

nuevas suscripciones y los 20 ejemplares á su nombre. Las suscripciones son servidas con regularidad. Se remiten los ejemplares que faltan.

P. L. — Burgos. — Recibido importe de ejemplares correspondientes á enero. En lo otro no insisto, pero...

F. A. — Alcandete. — Recibido importe del primer trimestre de su suscripción. Para adquirir los libros que desea puede entenderse con los que los administran.

F. P. — Bilbao. — Se sirve la suscripción de M. M.

J. B. M. — Bilbao. — Servida su suscripción.

E. R. — Santander. — Recibido importe de los tres primeros números. Se remiten los 20 ejemplares. Escribiré.

M. de B. — Bilbao. — Recibido el artículo. Trataré de aprovecharlo.

A. L. — Linares. — Se le sirven los 11 ejemplares. Los dos ejemplares que pidió fueron con el número tercero.

A. B. — San Sebastián. — Servida la suscripción de R. B. y recibido importe.

L. P. — Bilbao. — Recibida libranza. Van los 30 ejemplares atrasados y 10 más desde el presente número.

C. G. — Ferrol. — Se envían 15 ejemplares atrasados y cinco más desde el número corriente.

S. P. — Valencia. — Recibidas 2,80 pesetas. Se envían dos ejemplares del primer número.

R. C. — Valladolid. — Recibidas 4,80 pesetas.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero, Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1. bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, Embajadores, 47, principal.

Obras socialistas.

	Pesetas.
El Capital , por Carlos Marx. En Madrid.	2,00
— en provincias.	2,50
Socialismo y Ciencia positiva , por Enrique Ferri.	1,00
Miseria de la filosofía , por Carlos Marx.	1,00
Meeting de controversia en Santander , celebrado el 15 de mayo de 1892 entre D. A. M. Coll y Puig, director de <i>La Voz Montañesa</i> , y el compañero Pablo Iglesias.	0,20
La Guerra civil en Francia , por Carlos Marx.	0,45
Catecismo socialista , por J. L. Joynes.	0,30
Ecos revolucionarios , composiciones en verso, por Alvaro Ortiz.	0,50
El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales , informe escrito por el Dr. Jaime Vera por encargo de la Arupación de Madrid. (Segunda edición).	0,75
Un tomo de la Biblioteca Socialista , de 400 páginas, conteniendo los cuatro últimos folletos, encuadernado en holandesa ó tapas, En Madrid.	2,00
En provincias.	2,50
El Comunismo y la evolución económica y Justicia é injusticia del cambio capitalista , por Pablo Lafargue.	0,20

Las cuatro primeras obras se pueden adquirir dirigiéndose á la Administración de EL SOCIALISTA y á sus corresponsales, y las restantes pertenecen á la BIBLIOTECA SOCIALISTA, que se publica en Madrid por cuadernos de 16 páginas al precio de 10 céntimos. Para asuntos de esta BIBLIOTECA dirigirse á Pablo Cermeño, Espíritu Santo, 18, 2.º.

Periódicos socialistas.

El Socialista. — Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18, segundo, Madrid. — Se publica los viernes. — *Suscripción por trimestre:* España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75. — *Venta:* Paquete de 30 números, 1 peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiera efectuado. Las suscripciones se reciben: en Madrid en la Administración, y en provincias en el domicilio de las Agrupaciones socialistas y de los corresponsales, dirigiéndose directamente al administrador.

La Lucha de Clases. — Publicase los sábados en Bilbao. *Condiciones de la publicación:* Las mismas que EL SOCIALISTA. — Redacción y Administración: Bailén, 41.

El Grito del Pueblo. — Aparece los domingos en Alicante. — *Condiciones de la publicación:* Alicante, un mes, 35 céntimos, en el resto de España, un trimestre, 1 peseta. — Redacción y Administración: San Pascual, 3.

La Voz del Obrero. — Aparece semanalmente en Ferrol. *Condiciones de la publicación:* Ferrol, un mes, 40 céntimos; en el resto de España, trimestre, 1,50 pesetas. — Redacción y Administración: Dolores, 60, bajo.

El Defensor del Trabajo. — Ve la luz todos los domingos en Linares. — *Precio de suscripción:* 1 peseta trimestre en toda España; número suelto, 5 céntimos. — Redacción y Administración, calle del Agua, 1, 2.º.

La Aurora Social. — Aparece cada dos domingos en Gijón. *Condiciones de la publicación:* Trimestre, 0,50 pesetas; paquete de 25 ejemplares, 0,75; número suelto, 5 céntimos. Redacción y Administración: calle de Santa Elena, 24, bajo.